

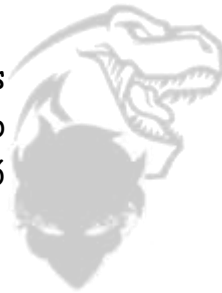


Capítulo 481: ¿Felicitaciones? Eso es decepcionante.

El cielo se abrió de un rojo grotesco, como si el infierno mismo hubiera escupido sus entrañas. Las sombras del bosque demoníaco se retorcían y el suelo temblaba bajo el peso de lo que emergía: una horda interminable de bestias demoníacas. Venían de todas direcciones, cuerpos distorsionados, colmillos afilados, garras empapadas de odio. No eran sólo criaturas: eran hambre, caos e instinto asesino congelados en carne.

Y ante esta avalancha de monstruos, dos figuras se levantaron, listas para transformar el campo de batalla en pura matanza.

Vany sonrió. Su cabello se balanceaba, sus ojos brillaban como fuego y sus puños se apretaban con suficiente fuerza para sacudir el suelo. Cada músculo de su voluptuoso cuerpo vibraba de anticipación. Chasqueó los dedos y clavó los pies en el suelo como si estuviera a punto de derribar el mundo entero.



Rize, por otro lado, se estiró con una calma venenosa. Sus brazos se movían lentamente, liberando gruesas y brillantes hebras de telarañas que crepitaban en el aire como látigos. Su mirada fría y calculadora contrastaba con el fervor animal de su compañero.

Desde la cima de una colina lejana, Virgilio observaba en silencio, con los ojos entrecerrados, como un rey observando gladiadores en un coliseo infernal. A su lado, Titania cruzó los brazos con tristeza y Zuri le mordió el labio, tensa y curiosa, tratando de adivinar quién recibiría más elogios de él.

El campo tembló. El rugido de la horda anunció el comienzo.

Y entonces... comenzó la carnicería.



Vanny fue el primero en mudarse.

Con un grito primario, cargó hacia adelante, con el suelo crujiendo bajo sus pasos. Su puño izquierdo se encontró con el primer enemigo —una bestia con cuerpo de toro y cabeza serpentina. El golpe explotó como un trueno y el impacto dividió el suelo en un cráter que se tragó a docenas de criaturas circundantes. Huesos destrozados como vidrios, sangre brotando a raudales, trozos de carne arrojados al aire como confeti macabro.

"¡UNO!" Vanny gritó, riendo. "¡Primer punto para mí!"

Pero antes de que pudiera saborear su victoria, una grieta partió el aire.

¡SHHH-CRACK!

Un látigo de telaraña golpeó a un grupo de criaturas parecidas a lobos, cortándolas por la mitad como cuchillas calientes a través de la mantequilla. Las mitades de sus cuerpos se deslizaron hacia el suelo, la sangre salpicaba como lluvia. Rize retiró el hilo, movió su muñeca y el mismo látigo se partió en tres, arremetiendo en círculos devastadores que arrancaron cabezas, piernas y espinas en movimientos tan rápidos que los monstruos ni siquiera tuvieron tiempo de gritar.

"Tus puntos no cuentan si limpio solo la mitad del campo", susurró Rize, con la voz fría como el veneno.

Vanny se rió y echó el pelo hacia atrás.

"¿Sí? ¡Entonces mira ESTO!"





Ella saltó. El suelo se partió de impulso y su cuerpo salió disparado como un proyectil humano. En el aire, giró las caderas y bajó el puño. El impacto fue tan devastador que parecía como si hubiera caído un meteorito. Todo el suelo se abrió en ondas sísmicas, los árboles cercanos fueron arrancados de raíz y cientos de criaturas fueron aplastadas instantáneamente, convertidas en pulpa indistinguible.

La explosión arrojó polvo, trozos de piedra y sangre, pintando el cielo de color carmesí.

Virgilio, desde lejos, simplemente arqueó una ceja. Titania y Zuri se protegieron de los vientos que les llegaban, como si la tierra hubiera gritado.

En medio del humo, Vanny emergió sonriendo, cubierto de sangre de la cabeza a los pies.

"Deci, Rize?! ¿Puedes superar esto?!"

La araña no respondió. Simplemente cerró los ojos y levantó las manos.

De su espalda brotaban decenas de hilos como serpientes, bailando en el aire. En segundos, había creado un tejido vivo, una red tan vasta que cubría el horizonte. Y luego, con un solo gesto, tiró.

Las cuerdas palmeadas atravesaban todo lo que los rodeaba. Árboles, rocas, bestias. Cientos de cuerpos fueron destrozados al unísono, como si todo el campo hubiera pasado por una guillotina invisible. El silencio reinó por un segundo, hasta que el eco de cuerpos cayendo, vísceras cayendo al suelo y sangre brotando en los ríos llenó el aire.





Rize abrió los ojos, satisfecha.

"Eso fue sólo un calentamiento."

Vany apretó los dientes. Sus ojos brillaban como brasas.

"¡Entonces llevemos esto hasta el final!"

La competencia se intensificó con furia.

Vany corrió entre la multitud, con los puños reventando cabezas como fruta madura. Cada golpe suyo mató no sólo a una bestia, sino a diez, veinte, cincuenta, mientras el impacto reverberaba como ondas sísmicas que transformaban el terreno en puro caos. Las criaturas fueron lanzadas al aire en pedazos y sus huesos se desmoronaron hasta convertirse en polvo incluso antes de tocar el suelo.



Mientras tanto, Rize se movía con la precisión de un asesino. Sus redes se multiplicaron, azotando sinfonías de dolor. Un golpe arrancó columnas, otro decapitó criaturas seguidas, otro inmovilizó monstruos gigantes y luego los aplastó hasta convertirlos en capullos que explotaron bajo presión, rociando fluidos y carne por todas partes. Ella no corrió—ella bailó. Un ballet de destrucción letal.

El campo se convirtió en un mar de sangre. Las criaturas rugieron, pero cada rugido fue interrumpido por un chasquido de red o un puñetazo que hizo gritar el aire. El cielo, que alguna vez fue rojo, ahora estaba pintado con salpicaduras negras y carmesí.



Desde lejos, Virgilio observaba en absoluto silencio. Sus ojos siguieron cada movimiento, cada impacto, cada estrategia. Titania suspiró y se masajeó la sien.

"Esos dos destruirán el mundo sólo para llamar su atención."

Zuri se mordió el labio y su mirada quedó pegada a la masacre. "Parecen... felices. Como si fuera... natural."

Vergil no respondió. Pero sus labios se curvaron en una sonrisa apenas perceptible.

La masacre continuó durante horas.

Vany estrelló una bestia alada contra el suelo, creando un agujero del tamaño de un pequeño lago. Antes de que otros pudieran acercarse, ella agitó su puño y lo golpeó contra el suelo nuevamente, desatando olas que destrozaron cada hueso de los monstruos en un radio de cien metros.



"¡ESTE LUGAR ES MÍO!" Ella gritó, riendo mientras la sangre corría por su rostro.

"No seas ridículo", respondió Rize, lanzando tres cables que se incrustaron en los cerebros expuestos de criaturas cercanas. Con un solo tirón, les arrancó el cráneo, dejando que sus cuerpos se desmoronaran como muñecas rotas.

Cada vez que uno intentaba superar al otro, la masacre se intensificaba.

Cuando Vanny creó terremotos, Rize respondió creando tormentas de hojas de telaraña.



Cuando Rize arrasó silenciosamente con las hordas, Vanny respondió aplastando monstruos gigantes de un solo golpe, dispersándolos como lluvia carmesí.

Cuando uno sonrió en señal de victoria, el otro ya estaba preparando algo aún más devastador.

Y así, la pila de cadáveres creció hasta convertirse en una montaña. El olor a sangre impregnaba el aire, tan espeso que parecía asfixiante. El suelo era una alfombra de carne, huesos y vísceras. Y aún así, los dos no se detuvieron.

Finalmente cayó el silencio.

No porque la competencia hubiera terminado, sino porque ya no quedaba nada que matar.



Los dos guerreros jadeaban, cubiertos de sangre y sudor, y sus cuerpos brillaban bajo la luz roja del cielo. Vanny sonrió, con los puños todavía temblando, ansiosa por más. Rize giró lentamente sus muñecas, recogiendo los hilos manchados de sangre como si estuviera enderezando su vestido.

Miraron hacia arriba, mirando a Virgilio.

Se quedó inmóvil, mirando.

Eso por sí solo fue suficiente para hacer que sus corazones se aceleraran.

¿Quién había ganado los elogios?



Vany pasó su mano sobre su rostro manchado de sangre, mostrando una amplia sonrisa, casi salvaje.

"Entonces, jefe... ¿ves?" Ella levantó el puño, todavía goteando sangre. "¡Cien puntos para mí, al menos!"

Rize, con su calma venenosa, recogió lentamente los hilos de la red, pero sus ojos brillaban de anticipación.

"No hay comparación. Mi eficiencia fue mayor. Cada movimiento provocó múltiples muertes. Es obvio quién merece tus elogios."

Los dos esperaron. El viento sopló. El silencio se prolongó hasta volverse insoportable.

Entonces, finalmente, habló Virgilio.

Su voz era fría, aguda como una espada... "Ustedes dos... fueron decepcionantes."

